

CONGRESO DE LA ASOCIACIÓN DE HISTORIA CONTEMPORÁNEA

Sevilla, 1998.

¿ANALIZAR LA HISTORIA O REPETIRLA? EN TORNO AL 98.

Montserrat Huguet.

Universidad Carlos III de Madrid.

José Carlos Gibaja

Universidad de Alcalá de Henares

*Soy Pepito Perdiguero, soy una gloria española,
el primero de mi clase empezando por la cola
Mi padre quiere que sea pronto un gran historiador
y yo sé de Historia de España más que aquel que la inventó*

*Sé quien fue Viriato, sé que fue un señor
que nació primero y después murió
y que en la batalla de Calatañazor,*

Alejandro Magno perdió su tambor

(Popular)

I. Hacer de la necesidad virtud: la perversión de la cronología.

Una fuerte tendencia, basada en articular los actos científicos y buena parte de los esfuerzos de investigación y difusión históricos en torno a aniversarios y efemérides de todo tipo, nos sitúa en vísperas de ocuparnos de lo ocurrido en 1898. Este fenómeno, no exclusivo de nuestra sociedad, nos ha permitido, a lo largo de las dos últimas décadas, contemplar, entre otros, el aluvión de trabajos relativos a acontecimientos históricos tales como la Segunda República, la Guerra Civil, el Franquismo o, más recientemente, el V Centenario del descubrimiento de América o la Transición a la Democracia.

A pesar de las indudables ventajas que la concentración de esfuerzos sobre un momento concreto de la Historia aporta, ya que ello permite, por ejemplo, la organización de Simposios, Congresos y actos científicos de todo tipo, y facilita la labor editorial, al canalizar la demanda de los lectores hacia la oferta existente ¹ no

debemos olvidar algunos aspectos menos positivos. Así por ejemplo, esta excesiva dependencia de la cronología para indagar la Historia, basada en la tradicional pujanza que el concepto tiempo ha tenido en los ambientes historiográficos, puede tener un efecto perverso en momentos de escasez de efemérides. En ese sentido, cabe preguntarse: ¿Cuál será el próximo banderín de enganche? ¿Tal vez el bicentenario de la Guerra de la Independencia o el centenario de la Semana Trágica de 1909?

Otra crítica que podemos realizar a dicha concepción es la que tiene que ver con la delimitación temporal de los procesos históricos. Sepultada hace tiempo, o al menos eso creíamos, la tradicional división de la Historia en Edades marcadas por hitos cronológicos, el interés por el 98 debe extenderse, en todo caso, al análisis de la etapa en la cual se inscribe, la Restauración canovista.

En esta ocasión, el propio Ministerio de Educación y Cultura parece animarnos a realizar dicho esfuerzo ² al socaire de la pretendida preocupación institucional por el tratamiento educativo de las Humanidades en general y la Historia en particular. Dicha preocupación, siempre loable, va acompañada, sin embargo, de una trasnochada interpretación de la estructura interna y la función a cumplir por dichas materias en general y por la Historia en particular. De este modo, la pintoresca y repetida llamada a resaltar las personalidades y momentos estelares de la historia patria, que hemos podido escuchar durante los últimos meses, se concilia mal con lo que Joaquín Costa escribía hace casi un siglo al respecto: *“deshinchemos esos grandes nombres: Sagunto, Numancia, Otumba, Lepanto con que se envenena a la juventud de nuestras escuelas y pasémosle una esponja”*³.

Lejos de plantear una alternativa a dicha concepción de la Historia, buena parte de las voces que, principalmente desde diversas instituciones autonómicas, se han alzado para mostrar su disconformidad con los cambios propuestos por el Ministerio de Educación y Cultura, en realidad comparten esa misma concepción instrumentalizadora de la Historia. La discrepancia radica, por tanto, no en la función social que ha de cumplir la Historia, sino en el contenido, *unitario o común* desde la perspectiva ministerial, *diferencial* en opinión de diversas Comunidades Autónomas, que se debe transmitir desde las aulas. Si se limita a esta cuestión, el actual debate desaprovechará una excelente ocasión para resolver las verdaderas cuestiones de fondo: ¿Qué papel social han de jugar la Historia y las Humanidades?, ¿Cuál ha de ser el tratamiento educativo de la Historia?, ¿Qué relación ha de existir entre la Historiografía y el poder institucional?, entre otras.

En cualquier caso, cabe preguntarse cuáles son las razones que justifican el interés institucional por lo ocurrido en 1898. Una primera hipótesis, la que podría relacionarse con presuntas veleidades patrióticas o nacionalistas, debería ser descartada. Por más que la historia militar de aquel año haya llegado hasta nosotros teñida de rasgos heroicos (el héroe de Cascorro, los últimos de Filipinas, Vara de Rey, el inútil sacrificio de una escuadra de madera, etc), el desenlace bélico, previsible y que puso de manifiesto la falta de preparación y la debilidad del ejército español, fue muy desfavorable y, por lo tanto, ni siquiera nos encontramos ante uno de los momentos estelares de nuestra historia a los que Costa se refería. En este sentido, y al contrario de lo ocurrido en 1992 con motivo de la conmemoración del V

Centenario del descubrimiento de América, existen pocas posibilidades objetivas de rentabilizar , interna y externamente, el interés institucional por el 98.

El actual interés por lo ocurrido en 1898 podría constituir también un acto reflejo, una manifestación más de la tendencia cronológica a la que ya nos hemos referido.

¿Serán acaso las connotaciones literarias de la fecha o el pensamiento regeneracionista lo que se quiera rememorar? A este respecto habría que recordar que, mientras que el término generación del 98, utilizado frecuentemente en la historia de nuestra literatura parece tener menos sentido del que tradicionalmente se le ha concedido ⁴, el pensamiento regeneracionista planteaba una crítica global hacia el sistema sociopolítico de la Restauración y no parece probable que desde el Gobierno se desee reeditar un fenómeno semejante en nuestros días. Igualmente resulta improbable pensar que la relectura que la conmemoración del '98 obliga a hacer de las fuentes del regeneracionismo pueda conducir a conclusiones esencialmente distintas a las que manejan hoy los historiadores acerca de la Restauración.

¿Será el intento, ante la imposibilidad de conmemorar las glorias militares de 1898, de rescatar y realzar las pretendidas bondades de la etapa histórica en la que se produjeron dichos acontecimientos, es decir, la Restauración canovista?. Así parece confirmarlo el esfuerzo que, desde los aledaños del actual Gobierno se está realizando por recuperar la figura de Antonio Cánovas del Castillo ⁵.

Dado que, según escribía recientemente el profesor Santos Juliá, *"Cada cual inventa el pasado según la condición de su presente"* ⁶, ello permitiría establecer un cierto paralelismo entre una larga etapa conservadora, la Restauración, no exenta de convulsiones pero tranquila en apariencia y con un aspecto pseudodemocrático, y el final del siglo XX, también a la sombra de un gobierno conservador. Así lo confirman los propios interesados en despertar nuestro interés por la época de la Restauración en general, y por la figura de Cánovas en particular:

"Antonio Cánovas del Castillo, un político liberal conservador (...) que puede ser objeto de reflexión e inspiración para que nuestra clase política encuentre el mejor camino para nuestro país.

(...) No basta con proclamar las libertades políticas, ni gritar y formar barricadas para traer una Constitución, para lograr el sufragio universal o la democracia, es necesario el trabajo sereno y metódico -que a veces pasa desapercibido-, la eficacia y la firme voluntad que hace posible que la utopía se convierta en realidad. Esta es la obra de los conservadores en la Historia contemporánea de España.

En este éxito de Cánovas y de sus correligionarios es donde radica su vigencia. El canovismo en su gestión política afrontó problemas aún hoy existentes: la creación de una nueva mayoría, lograr un consenso amplio, combatir el terrorismo anarquista, luchar contra el pesimismo y el escepticismo (...). Hoy España tiene graves problemas equiparables a estos. La crisis económica que sufre el país, el grave problema del terrorismo (...); la desconfianza de parte de la sociedad hacia

una parte de nuestra clase política embarcada en el viaje -esperemos que con retorno- de la corrupción”⁷.

Este interés institucional por realzar determinados acontecimientos históricos y la influencia que dicho interés tiene sobre el trabajo de los historiadores nos debería llevar a preguntarnos sobre cuál es o debe ser el papel social de la historiografía en los albores del siglo XXI. La respuesta a este interrogante nos obliga a recordar cómo, hasta fecha reciente, el trabajo historiográfico ha contribuido a legitimar sistemas y regímenes políticos, la existencia misma de naciones y estados o, incluso, la aspiración de llegar a constituirlos. En la Historia del Tiempo Presente puede verificarse la preocupante tendencia a que los debates historiográficos se refieran a los grandes temas que movilizan psicológicamente a las sociedades contemporáneas. La tendencia a la justificación de los desarrollos históricos presentes o aquella otra que mueve a las catarsis nacionales, parecen activar los resortes de la Historiografía generando, casi siempre, doctrinas institucionales de legitimación en los centros de poder.

La utilización de la Historia, en tanto que instrumento para la transmisión de hechos, actitudes y valores de unas generaciones a otras, como materia escolar obligatoria y el monopolio ejercido por los historiadores profesionales en el acceso a las fuentes y a los canales para la elaboración del discurso historiográfico, parecen haber entrado sin embargo en crisis. El desarrollo de los medios de comunicación social que permiten cumplir, por lo menos con la misma eficacia, la misión adoctrinadora que antes se desarrollaba desde las aulas, y la ampliación, por obra de esas mismas Nuevas Tecnologías, del concepto y la tipología de las mismas fuentes históricas, han introducido profundos cambios en la concepción social de la Historia.

Estos cambios ⁸, que han permitido ampliar a otros profesionales el campo de quienes se ocupan por estudiar y divulgar asuntos históricos, y han convertido virtualmente en historiador del tiempo presente a cualquier persona que tenga acceso a los medios de comunicación, y a nuestros domicilios en pequeños archivos históricos audiovisuales o multimedia, deberían tener la virtud de liberar a la historiografía del papel instrumental al que antes nos hemos referido. Por ello resulta aún más sorprendente la aparente unanimidad con la que desde el campo historiográfico se ha respondido a la llamada institucional en torno al ‘98.

No obstante todo lo expuesto anteriormente, una vez vencidos nuestros reparos iniciales, y ya dispuestos a aceptar la inevitabilidad de abordar el tema, merece la pena que nos detengamos para analizar cuáles pueden ser las posibles ventajas que resultan de emprender este trabajo.

1) Interesar al alumnado por el análisis del pasado a partir de problemas y actitudes que aún son vigentes en nuestros días. En este caso, fenómenos tales como el alistamiento o el cumplimiento del servicio militar, dramáticamente importantes en 1898, son hoy cuestiones de plena actualidad.

2) Contribuir, tomando como pretexto lo ocurrido en 1898, a la revisión de un período mucho más amplio y crucial de nuestra Historia contemporánea, el citado período de la Restauración, que se prolongaría desde 1874 hasta 1931. La

complejidad de esta etapa de la Historia de España es -más allá de la ingente producción bibliográfica sobre la misma- un aliciente para la investigación y la interpretación de nuestro pasado.

3) Indagar en el posible paralelismo existente entre aquella época y la actual. Así, las fechas de inicio de los procesos (finales de 1874, en el primer caso, 1975 en el segundo), el carácter institucional de ambas etapas (restauración de una misma dinastía bajo un régimen constitucional), su propia evolución interna (gobierno conservador-gobierno progresista-gobierno conservador), se presentan como sugerentes pistas para dibujar el esquema del paralelismo entre procesos históricos e intentar evitar la repetición de pasados errores.

4) Contribuir a relacionar la crisis interior del sistema y el deterioro definitivo de la posición internacional de España en el mundo, dando al fracaso colonial una dimensión adecuada por lo que a sus efectos -ideológicos, sociales y económicos- reales en los diferentes sectores de la sociedad española se refiere.

5) Relacionar la crisis interior y exterior de España con los fenómenos similares (los otros 98) que sucedieron en otros países de nuestro entorno (Francia, Portugal, Italia, etc), y que bien podrían identificarse con una suerte de *decadentismo* finisecular común a buena parte de las culturas occidentales europeas.

Estas, y otras razones, aconsejan dirigir nuestra atención, entre otros, a los siguientes temas: el valor del acontecimiento como pretexto para el análisis histórico, el análisis del período de la Restauración en paralelo con nuestra historia reciente, la verdadera repercusión interna y externa de los acontecimientos del '98 y, finalmente, el lugar que dichos acontecimientos desempeñaron en el replanteamiento de la posición internacional de España.

II. ¿Tiene valor el acontecimiento como pretexto para el estudio de la Historia?

Desde nuestro punto de vista, el valor de las efemérides como pretexto para justificar el análisis histórico de épocas pasadas se justifica en la medida en que dicho estudio permita relacionar cuestiones y problemas del pasado con los del presente. A modo de ejemplo, y para el período que nos ocupa, resulta posible encontrar dicha relación en temas tales como el posible paralelismo entre la Restauración canovista y nuestra historia reciente, asunto del que nos ocuparemos posteriormente, o bien entre el alistamiento y el servicio en filas en nuestras antiguas colonias y el debate actual sobre el modelo de ejército que España tendrá en el futuro o el enorme incremento de la objeción de conciencia entre nuestros jóvenes.

Este último ejemplo, en caso de ser desarrollado, nos llevaría a analizar el modelo de ejército del que España disponía a finales del siglo XIX, las condiciones

en las que los soldados españoles fueron llevados a combatir, primero, y posteriormente repatriados, o la posición de las distintas fuerzas sociales y políticas en torno al tema.

Por lo que al ejército español de hace un siglo se refiere, una nueva ley de reclutamiento militar fue aprobada en 1877. En ella se fijó en tres años de servicio activo y en ocho años de reserva la duración del servicio militar, pero las limitaciones presupuestarias no permitían conservar en filas a la mayoría de los reclutas más de veinticuatro meses. Los artículos 91 y 93 fijaron toda clase de exenciones para personas ocupadas en trabajos especiales, para hijos únicos, nietos que mantuvieran a sus abuelos e incluso para hijos ilegítimos que mantuviesen a sus padres. Y para aquellos que no pudieran escapar de alguna de esas maneras del servicio, se fijó en 1.200 pesetas el valor de la redención ⁹.

Ello permitió, en la práctica, que buena parte de los llamados a filas pudieran evitar el alistamiento y que solo los reclutas procedentes de familias humildes sirvieran en el ejército. Las 50.000 muertes registradas por el ejército español en Cuba y Filipinas se concentraron, por tanto, en un sector concreto de la población, el más desfavorecido ¹⁰. La actitud popular ante las pérdidas humanas queda reflejada en el poema de Vicente Medina:

“... ¿Por qué sendica se marchó aquel hijo
que murió en la guerra?...
Por esa sendica se fué la alegría,
por esa sendica vinieron las penas...
No te canses, que no me remuevo,
anda tú, si quieres, y éjame que duerma,
a ver si es pa siempre .. ¡Si no me espertara!
!Tengo una cansera!” ¹¹.

El análisis de lo ocurrido permite obtener respuestas a preguntas como: ¿Quiénes estaban interesados en el mantenimiento de una guerra colonial sin victoria posible?, ¿Quiénes servían en filas?, ¿Cuáles fueron las principales causas de mortalidad entre los soldados españoles?, o ¿En qué condiciones se produjo la repatriación de los supervivientes?.

Dichas preguntas pueden ser respondidas a partir de diferentes datos. A la primera pregunta, ¿quién estaba interesado en mantener el conflicto?, podría responder el siguiente testimonio:

"La guerra representa para nuestro país una pérdida de muchos millones y, lo que vale mucho más, aunque así no lo estimen los burgueses, la pérdida de muchos miles de hombres. la paz representa el ahorro de todo esto y además da satisfacción a aspiraciones muy legítimas de los habitantes de Cuba.

....¿Para quiénes es buena la guerra?

Para la Compañía Trasatlántica que con ella hace un gran negocio. para unos cuantos mercachifles que explotan, mejor roban, en Cuba a los soldados.

Para dos o tres docenas de empresas periodísticas que llevan a sus cajas, publicando noticias de guerra, y abultándolas o estirándolas, algunos miles de duros.

Para un puñado de militares que van buscar estrellas o entorchados, y para los usureros que prestan con un interés enorme, los millones que la guerra consume.

En cambio perjudica a la casi totalidad de la nación, y muy principalmente a los trabajadores, que son los que los hombres para la guerra y a los pequeños contribuyentes que no pueden resistir las consecuencias que la misma produce”¹².

El coste en vidas humanas aparece nítidamente reflejado en las siguientes cifras: *“De la relación de bajas ocurridas en Cuba, resulta que el 4 por 100 lo han sido por acción de guerra y el otro 96 por ciento a causa de enfermedades entre ellas la anemia y el vómito”¹³.*

En cuanto a quienes integraban el ejército español en Cuba y Filipinas sirva de muestra este testimonio.

“Allá van solo los desheredados, allá van unos hombres arrancados a viva fuerza del seno de sus familias para combatir a unos soldados voluntarios que levantan bandera separatista, allá van los esclavos blancos a combatir a los esclavos negros. La burguesía de aquí y de allá seguirán en tanto dando vueltas al tornillo de la explotación y acumulando las riquezas que, en el campo, en los talleres y en las fábricas produce el ejército obrero restante. Después, cuando la guerra termine y vuelvan a sus casas los que sobrevivan, ya saben que suerte les espera: trabajar sin descanso a cambio de un salario mínimo y sufrir un trato bestial de los que hoy les halagan y aclaman para que marchen contentos de defender la integridad de la Patria”¹⁴.

Por lo que se refiere a las condiciones sanitarias y al proceso de repatriación, leíamos: *“¡Asesinos! Este es el nombre que merecen los que abarrotan o consienten que se abarrotan los buques de la Trasatlántica con soldados moribundos, cual si hubieran sufrido poco en el insano clima de Cuba, se les impone una horrible y cruel agonía (...) No hay viaje en el que no mueran en la travesía 10 ó 12 soldados por lo menos y otros tantos inmediatamente que el vapor llega a la Península”¹⁵.*

En nuestros días, como es notorio, el ejército español avanza a pasos agigantados hacia su profesionalización como consecuencia, entre otros factores, del aumento geométrico experimentado por la cifra de objetores de conciencia. A este fenómeno, sin parangón en el resto de Europa, no es ajeno por un lado el índice de accidentes, vejaciones y suicidios ocurridos entre los soldados durante su servicio en filas, y por otro la disminución de la presencia real del Ejército en la sociedad española actual.

III. ¿De qué Restauración hablamos?

Ya hemos hecho referencia al valor ejemplarizante que, desde el poder institucional se pretende conceder a la Restauración canovista. Esta intención, sin embargo, no parece coincidir con la opinión de la mayoría de los historiadores sobre dicha época. En este sentido, cabe preguntarse: ¿de qué Restauración hablamos?

En realidad, y según se acepta unánimemente, el torbellino de 1868/74 había convencido a la mayoría de los sectores conservadores de la conveniencia de cierta liberalización, había desanimado a muchos miembros de la izquierda y los moderados se mostraban más favorables que anteriormente a todos los compromisos posibles. Cuando a principios de 1876, apenas un año después del pronunciamiento del general Martínez Campos en Sagunto, quedó elaborada la nueva Constitución, podía advertirse que el nuevo régimen tenía más probabilidades de sobrevivir que la mayor parte de sus predecesores.

No obstante, durante las décadas siguientes, el panorama político español, dominado por Cánovas, se sustentó en la fuerza de una pequeña oligarquía. Los mismos estratos sociales apoyaban a los dos partidos principales: los conservadores de Cánovas y los liberales de Sagasta. La organización política, en la medida en que existía, se basaba en el control de la situación por parte de los caciques de cada provincia. Los liberales eran partidarios de un sufragio menos restringido que los conservadores, de un mayor control sobre la Iglesia y de una ligera ampliación de las libertades cívicas, pero ambos partidos carecían de un verdadero programa social. Durante una generación, el agotamiento político y la apatía del régimen fueron tan grandes, que este sistema funcionó por inercia. La monarquía restaurada, cuyo sistema político se basaba en la citada oligarquía, en el cacicazgo y en elecciones amañadas, despertó poco entusiasmo auténtico en el conjunto de la sociedad.

El profesor Tuñón de Lara identificó la España de la Restauración con la España tradicional o arcaica: estructuras económicas apenas cambiadas, preponderancia del sector agrario, centros decisorios en manos de los grandes propietarios, un grupo formado por nobles de antaño y otros de nuevo cuño a los que se unía la alta burguesía. El sistema político, construido a partir en una Constitución doctrinaria con sufragio censitario hasta 1890, era falseado sistemáticamente por la práctica del caciquismo ¹⁶.

Prohibido el ejercicio público de las religiones no católicas, y aplazados, en espera de la necesaria regulación legal, el derecho de asociación recogido en el texto constitucional, lo que acercó a la Restauración a los modelos europeos fue el resultado de las iniciativas legales promovidas bajo el gobierno liberal de Sagasta: libertad de imprenta, 26 de julio de 1883, Ley de asociaciones de 30 de junio de 1887, Ley de sufragio universal de 26 de junio de 1890. Este proceso de construcción política, que duró tres lustros y se basó en las líneas diseñadas por Cánovas, permitió al régimen, a la altura de 1890, equipararse en textos legales al resto de los sistemas europeos occidentales, aunque en la práctica ofreció sensibles diferencias.

La primera diferencia estribó en la relación Parlamento-Gobierno. Mientras que en Europa los parlamentos parecían acabar imponiéndose al poder ejecutivo, en España los parlamentos se formaban a medida del gobierno de turno, gracias al caciquismo y mediante el decreto de disolución ¹⁷, concedido por el rey. El segundo y mayor de los defectos se encuentra en la incapacidad de reconocer la importancia de

los nuevos movimientos sociales y políticos (socialismo y nacionalismo) y de reflejarla en las instituciones representativas. Así, desde 1876, el español se convirtió en un régimen ritualizado que no permitía trasladar los cambios sociales a la composición de las Cámaras parlamentarias.

El mecanismo del turno, clave para entender las prácticas electorales de la Restauración, requería un cierto número de condiciones y cautelas, de entre las que, siguiendo a Miguel Artola, pueden destacarse las siguientes:

1º Concentración de la mayor parte de las opiniones políticas existentes en un momento dado en dos grandes agrupaciones. De otro modo la secuencia poder-oposición se alargaría hasta el punto de resultar difícilmente viable. Piénsese que para cualquier período de gobierno el paso de dos a tres partidos suponía duplicar la espera, con los desastrosos efectos que esa situación había de producir en partidos de cuadros y, por lo mismo, de clientelas a las que había que sostener.

2º Que ambos partidos compartieran los valores políticos fundamentales - monarquía, constitucionalismo, etc- y que existiese una coincidencia en sus planteamientos sociales.

3º El turno requería, por definición, el falseamiento del sufragio, ya que no era imaginable que la opinión pública se encuentran repartida por igual y que una parte de ella, la que se necesitaba para ganar las elecciones, cambiase regularmente de bando.

En lugar de inestabilidad, el turno ofrecía, a cambio de dicha manipulación, una evolución pacífica al asignarse a uno de ellos la función del cambio y atribuirse el otro la asimilación de las reformas, mediante el control del poder durante períodos más o menos largos, antes de que se emprendiesen nuevas reformas. Por contra, los efectos perversos del turno pactado serían la pérdida de información respecto a la opinión pública y el aislamiento respecto al exterior ¹⁸.

Como nos recuerda Pío Baroja en *El árbol de la ciencia*: “La acción de la cultura europea en España era realmente restringida y estaba localizada a cuestiones técnicas, los periódicos daban una idea incompleta de todo: la tendencia general era hacer creer que lo grande de España podía ser pequeño fuera de ella, y al contrario, por una especie de mala fe internacional España entera, y Madrid sobre todo, vivía en un ambiente de optimismo absurdo: todo lo español era lo mejor. Esta tendencia natural a la mentira, a la ilusión del país pobre que se aísla, contribuía al estancamiento, a la fosilización de las ideas” ¹⁹.

Es esta España la que va a quebrar a finales de siglo, bajo el embate de la crisis colonial. Quiebra ideológica, que no social o política. La oligarquía sufre un duro golpe, pero las fuerzas sociales que le eran adversas actuaron de modo inconexo, dispersas y faltas de madurez. La vieja estructura social entró en crisis a partir de 1917, las instituciones políticas también, pero el remiendo de la Dictadura demoró hasta 1931 el cambio político. Por el contrario, la hegemonía ideológica del viejo régimen se hundió para siempre, al mismo tiempo que los barcos de Montojo y de Cervera en aguas de Cavite y Santiago.

Entre los grupos y movimientos que se opusieron a la estructura dominante de la Restauración y facilitaron esta quiebra, podemos citar ²⁰.

- a) El regeneracionismo, que abrió un proceso a la práctica socio-política de la Restauración y propuso una serie de remedios pragmáticos a los llamados *males de la patria*.
- b) El institucionismo, verdadero regeneracionismo educativo o pedagógico aunque con ambiciones que superaron lo meramente educativo.
- c) La actitud crítica de algunos escritores consagrados: Galdós, Clarín, etc. Un sector de la burguesía, especialmente la catalana.
- d) La expansión del movimiento obrero, bastante endeble ideológicamente pero en proceso de crecimiento, tanto en su versión anarquista como en la socialista.
- e) La oposición de una oleada de jóvenes escritores: Azorín, Maeztu, Miguel de Unamuno, Pío Baroja.

Todas estas corrientes, grupos y tendencias compartían, entre otros, los siguientes rasgos:

- a) La valoración negativa del sistema político de la Restauración y de su sustrato ideológico y social, el caciquismo.
- b) La crítica de una concepción del pasado basada en hechos de armas y glorias dudosas.
- c) La falta de confianza en el pueblo español como protagonista de la historia y creador de su porvenir. La abulia para unos, la vagancia para otros, la ignorancia, en todos los casos, se revelaron como los grandes males a extirpar. El historiador Rafael Altamira resumía así la situación: *“No nos dejemos alucinar por la esperanza de lo que vagamente se llama pueblo, masa, etc.... Hay doce millones de españoles que carecen de instrucción. El pueblo no puede dar el impulso para la regeneración, puesto que es el primero que necesita regenerarse por medio de la cultura”* ²¹.

A pesar del cierto paralelismo existente entre aquella y esta Restauración, no nos parece que los rasgos negativos y las carencias ya mencionadas permitan adaptar como modelo a seguir en el momento presente aquella etapa histórica. Por el contrario, de su análisis debieran deducirse las tentaciones a evitar y los defectos a corregir.

IV. 1898: huir del mundo, volver al mundo.

Según Cánovas del Castillo, la política de *aislamiento* en la que se encerró la España de la Restauración fue en realidad una política de prudente *recogimiento*²², cuyo propósito era evitar al país los efectos de las luchas imperialistas. En realidad, la presencia de la España de la Restauración en los escenarios más diversos, se limitó al desarrollo de una pasiva diplomacia formal.

El Gobierno liberal presidido por Moret, asoció en 1885 colateralmente a España en la Triple Alianza germano-italiana, por medio de un subsistema italiano secreto cuya finalidad era aislar a Francia. Así, alejada definitivamente de Francia - recordemos el pretexto de la sucesión al trono español en 1870- España hubo de hacer frente en solitario a la fase imperialista del último tercio de siglo, sin garantías de protección de ningún tipo ante el proceso de despojo internacional de los restos de su Imperio ultramarino.

Eso fue en síntesis -desde esta perspectiva- 1898: el momento de la liquidación definitiva del Imperio español, tras el largo y poco consciente proceso que se había iniciado con las paces de Westfalia en 1648, los Pirineos en 1659, Utrecht en 1713 y Viena en 1815. La emergencia fulminante de una nueva potencia, los Estados Unidos de Norteamérica se convirtió en el instrumento definitivo de la derrota.

Desde el punto de vista de la política internacional parece un lugar común afirmar que el siglo XX comienza en 1898. En esta fecha se ratificó la ubicación de España en la categoría de potencia de rango menor. La indefensión diplomática de Madrid en la guerra de Cuba llevó a un reconocimiento muy duro, desde el punto de vista ideológico y político, de la realidad, así como a un replanteamiento de la orientación seguida hasta entonces en su política exterior.

Pero, ¿cómo ha leído tradicionalmente la Historia española el 98?. Creemos que desde cuatro perspectivas:

1. Como la guerra bilateral entre España y los Estados Unidos que, saldada con un sonoro fracaso, puso en evidencia respectivamente la precariedad del sistema español de defensa, así como las argucias y desmanes de una nación en ascenso..

2. Como una síntesis de circunstancias de índole propia y ajena: el duelo entre España y su colonia en relación con la *idea* de Cuba y la ingerencia de las potencias europeas en la zona.

3. Como la evidencia de la errónea política colonial arrastrada por España durante décadas.

4. Como la puerta que se cierra definitivamente a la política exterior española, marginando al país en relación con los destinos europeos y mundiales.

Cabe preguntarse qué hubiera sucedido si España hubiese estado imbricada en el sistema internacional en mayor grado del que, diplomáticamente hablando, el sistema de la Restauración le permitió. Es posible que nada hubiese sido diferente: que la emergencia de los Estados Unidos y el fenómeno finisecular de la

redistribución colonial no hubiesen dejado resquicio a otras posibilidades. Aún así, el embite del doloroso reconocimiento de la mediocre dimensión del país en el escenario mundial, tal vez se hubiese amortiguado.

La pérdida de Cuba *acercó* peligrosamente la frontera española a su situación real. Los miedos a la invasión de España por Algeciras y a la usurpación de las islas Canarias tuvieron el efecto equívoco de hacer arreciar las peticiones internas de cierre y defensa del suelo patrio.

Sin embargo, los círculos de poder tomaron conciencia de que la *nueva* situación geoestratégica de España exigía una reorientación de las directrices de la acción exterior. Fue entonces cuando se pusieron en evidencia las profundas carencias del diseño y de los instrumentos para el desarrollo político internacionalista de España. La inercia de la pasividad fue aplastante. El recurso explicativo de que las tensiones sociales y políticas hacían impensable una proyección más viva de España en el mundo, no puede sustentarse siquiera. Es posible que esta dura circunstancia agudizase los efectos de lo anterior, pero no explicaría por sí misma la ausencia de medios, iniciativas, contactos o práctica diplomática de nuestro país en el inicio del siglo XX.

En el apogeo del imperialismo, España quedaba al margen de la vida internacional por aquello de no incomodar a Francia ni a Gran Bretaña en las disputas coloniales. Los gobiernos españoles, cuya precariedad institucional y falta de respaldo popular les hacía débiles a todas luces, consideraban necesario el respeto extranjero a cuenta de su no injerencia en el concierto europeo. Consideraron posible que el mantenimiento esta actitud les haría pasar inadvertidos y respetados en ultramar. El 98 demostró la esterilidad de una postura desacompañada con los tiempos que corrían. Al quedar a salvo de los vaivenes de la turbulenta vida internacional de fin de siglo, España perdió el tren de las empresas en África y Asia y los principales alicientes del crecimiento y la conformación de los Estados capitalistas vecinos.

Que a la diplomacia del *conservantismo* político iba a suceder un tipo de diplomacia fundada en el *realismo*, a partir de cuyos principios iba a estructurarse, primero tímidamente y después con más energía, alguna suerte de actividad exterior consciente, es hoy un lugar común en la visión sobre esta parcela de la Historia de las Relaciones Internacionales de nuestro país. Así, la diplomacia nacional de tendencia realista iba a sustentarse en un principio simple pero vital: el reconocimiento de la doble situación geoestratégica de España, continental europea y mediterráneo-aficana. Se retomó, desde sus orígenes en la Europa Moderna, la concepción de España como potencia euroafricana.

El análisis de la coyuntura del '98 como crisis de redistribución colonial fue primeramente introducido en la historiografía española en 1978 por José María Jover²³. Trabajo de partida imprescindible para la comunidad de historiadores de nuestro país, matizado y hasta superado por las tesis de otros autores²⁴ se da la paradoja de que, siendo como es un documento esencial para quienes elaboran síntesis sobre el '98 en obras de consulta y manuales, no es tenido suficientemente en cuenta.

Se dan en este trabajo una serie de argumentaciones esenciales que -bajo el matiz de su posible crítica y enriquecimiento a que el tiempo transcurrido desde su primera publicación obliga- deberían incluirse en las visiones internacionalistas sobre el '98:

1. La relativización del valor real del '98 como *precipitante* de los procesos que dieron forma a las crisis del sistema político de la Restauración.
2. Lo esencial de tener en cuenta, sin embargo, la radicalidad del cambio que la posición internacional de España, en relación con la estructura territorial del Estado, experimentó tras el '98.
3. La, por primera vez en varios siglos, adecuación de las posibilidades ofrecidas por el nuevo espacio geográfico español a las capacidades políticas y nacionales reales.
4. La contribución del acontecimiento español al proceso internacional en el que se inscribe, entendiéndolo como la reordenación del sistema de poder mundial.
5. El impulso que el alejamiento forzoso de España con respecto a América dió a otras dimensiones de política exterior alternativas: África.

Las tres primeras argumentaciones ya han sido objeto de interés en las primeras páginas de este texto, desde la perspectiva de lo que resulta hoy rescatable de la tendencia oficialista a conmemorar eventos históricos con independencia de su significación contextualizada.

Igualmente se ha hecho referencia a algunos de los elementos que caracterizaron la deficiente presencia de España en el proceso de reordenación geoestratégica ligado al colonialismo de fin de siglo. Sin embargo, una aproximación más actual al tema necesita algunas matizaciones. La redistribución de territorios en sí misma no es ya una explicación suficiente, dado que además se produjo una notable expansión en espacios que no eran antiguas colonias europeas. El caso de la expansión de Rusia en Asia reafirma esta idea.

A partir de este enfoque, resulta posible afirmar que para España tuvieron más importancia las consecuencias que el propio 98. A raíz de entonces se le planteó la necesidad de mantener su integridad territorial.

Por lo que respecta a la separación forzosa que España hubo de experimentar con respecto a América, ya en su día el enfoque regeneracionista hizo una lectura positiva. El '98 sirvió para superar los factores históricos de la desunión entre España y América Latina: la Leyenda Negra, la precaria relación de ultramar con la metrópoli, y la desconfianza mutua en el contexto internacional del Imperialismo. España dejaba de comportarse como una amenaza de cara a América, lo cual favorecía el objetivo de reconstruir la *comunidad hispánica*. En un contexto general de exaltación de las naciones, y frente a la creciente pujanza de las llamadas razas anglosajonas, los defensores de la identidad cultural hispánica defendieron los valores fundamentales de la civilización y de razas latinas: la

América hispánica debía tomar conciencia de su unidad por oposición a América del Norte. Esta idea entró en buena consonancia con una suerte de regeneracionismo paralelo surgido entre las élites de América, cada vez más preocupadas por la crisis de la latinidad y la búsqueda de una identidad nacional. En España el '98 dió pie al nacimiento de la primera escuela de americanismo que, inaugurada por intelectuales de la talla de Labra o Altamira, desplegó una interesante actividad durante el primer tercio del siglo ²⁵.

Los políticos y la opinión pública, basándose en intereses derivados, tanto de la voluntad de protagonismo histórico de España como de su especial situación geográfica, asumieron que España debía modificar su particular política dinástica y de aislamiento para buscar apoyos exteriores.

Diseñar una política realista de visos europeos y mediterráneos, bajo una implicación activa de los gobiernos, pero también de la sociedad. Una política que tuviese en cuenta factores e intereses socioeconómicos y cuyo principal rasgo de realismo fuese el reconocimiento de España como potencia de escaso peso internacional aunque con posibilidades de ejercer su influencia en un área inmediata: Marruecos.

La de España hacia Marruecos, en el momento del alejamiento definitivo de América, no dejó de ser una mirada indecisa. Fue la misma tónica de las relaciones Internacionales, en una etapa de alto riesgo en la confrontación entre los grandes imperios, la que obligó a España a interesarse por el norte de África. La búsqueda de una garantía para el mantenimiento de un statu quo territorial de la región del Estrecho instará a Francia y a Gran Bretaña a forzar a España en su interés por la zona, interés concretado en su participación en los acuerdos alcanzados en el período que va de 1904 a 1912.

Que los reajustes de los sistemas institucionales y de los comportamientos y percepciones en las sociedades provocan estados de ansiedad colectiva y dolorosas sensaciones de incertidumbre que sobrepasan la dimensión real de los procesos que los provocan, puede advertirse con nitidez a finales del siglo XIX en el conjunto de la pujante sociedad capitalista de occidente. Los '98s bien pueden verse como los síntomas llamativos de lentos cambios estructurales. Pero ¿Qué '98s? Sin duda los '98s coloniales derivados del reajuste de las capacidades materiales reales de los estados y del nuevo derecho para las relaciones internacionales expuesto en la Conferencia de Berlín de 1885, que ofrecía el beneplácito jurídico a las concepciones darwinistas en el ámbito de la política internacional.

Conclusión

El importante peso específico que el concepto tiempo tiene en nuestra sociedad en general y en el campo de la Historiografía en particular, nos induce con frecuencia a investigar etapas y acontecimientos históricos según una cadencia cronológica previamente establecida (cincuentenarios, centenarios, milenarios, etc).

Esta costumbre, tan artificiosa como la vieja costumbre de dividir la Historia en etapas precisas, parece ignorar que la vigencia de los hechos o de las corrientes de pensamiento desborda el marco de las unidades de tiempo, al fin y al cabo una convención.

Ello se pone también de manifiesto en el interés institucional por intentar organizar el presente conforme a lo sucedido en el pasado, sobre todo si dicho pasado aún pervive en nuestros días. *“Aquí te traigo el voto que me diste anoche”*. La franqueza de esta declaración de una votante gallega a uno de los integrantes de una mesa electoral en las recientes elecciones autonómicas, demuestra que cien años pueden no ser nada en relación con el caciquismo. Más allá de su gracejo, este hecho debe hacernos reflexionar sobre la pervivencia de los usos y abusos que, a finales del siglo XX, deberían ser vestigio del pasado.

Por otro lado, y aunque el interés por recuperar la Restauración canovista está motivado por un claro intento de rentabilizar políticamente dicho esfuerzo, ello no debe impedir un verdadero análisis de la etapa en su conjunto. En esto reside la cualidad del acontecimiento como pretexto para el estudio de la Historia.

Si bien la instrumentalización de la historia por parte del poder establecido no es un fenómeno nuevo, el recurso al pasado como modelo a imitar caracteriza a quien lo intenta y aún más si, como en el caso que nos ocupa, la época histórica presenta, al menos, tantas luces como sombras. El análisis del pasado para no repetir sus errores nos parece una iniciativa más interesante.

Las posibilidades de desarrollo y evolución de cualquier ciencia, en nuestro caso la Historia, aumentan paralelamente a su grado de autonomía e independencia -que no despreocupación o indiferencia- respecto del poder establecido. Por ello, ahora que la Historia parece haber perdido, en beneficio de los medios de comunicación social, parte de su valor como instrumento legitimador de sistemas, regímenes y naciones, sorprende el interés con el que se reciben, en ciertos círculos historiográficos, las sugerencias institucionales.

Parece como si, no resignados a perder su tradicional esfera de influencia, y despreciando las posibilidades de lograr una mayor autonomía que la nueva situación ofrece, algunos historiadores estuvieran dispuestos a seguir ofreciendo su trabajo y su pluma al poder institucional, en un vano intento por recuperar el lugar perdido y en un esfuerzo, probablemente menos vano, por seguir legitimando sistemas sociales y políticos concretos.

NOTAS.

1. Entre las múltiples manifestaciones bibliográficas que han visto la luz o la verán próximamente podemos citar el libro de José Antonio Plaza, *El maldito verano del 98*, Madrid, Temas de Hoy, 1997, o el coleccionable que el diario *El País* publicará durante el otoño de 1997. Una interesante crónica de novedades bibliográficas, elaborada por el profesor Santos Juliá, puede leerse en el suplemento *Babelia* de *El País*, 4 de octubre de 1997, pp. 14-15.
2. Cfr. *Programa de actuación de la Subdirección General de Formación del Profesorado*, MEC, 1997. En dicho documento se recoge la necesidad de resaltar y dar prioridad a la organización de actividades en torno al centenario de 1898.
3. Citado por Manuel Túñón de Lara, *España: la quiebra de 1898*, Madrid, Sarpe, 1986, p. 38.
4. Esta cuestión ha sido abordada recientemente por José Luis Bernal Muñoz en *¿Invento o realidad? La generación española de 1898*. Valencia, Pretextos, 1996.
5. En la sesión celebrada el 6 de septiembre de 1996, el Consejo de Ministros acordó la creación de una Comisión Nacional, adscrita al Ministerio de la Presidencia y presidida por el Vicepresidente Primero del Gobierno, Francisco Álvarez Cascos, encargada de conmemorar el primer centenario de la muerte de Cánovas del Castillo. Entre los actos previstos en el programa de actuación de dicha comisión hay que citar la reedición, en doce tomos, de las obras completas del principal artífice político de la Restauración, la celebración de múltiples conferencias y actos académicos para glosar su figura, la difusión del opúsculo *Un hombre de Estado: Antonio Cánovas del Castillo*, elaborado por Mario Hernández Sánchez-Barba y Luis E. Togores Sánchez, e incluso la posible edición de un sello con su figura. Cfr. la hoja informativa de la Fundación Cánovas del Castillo, *FCC informa*, s.l., s.a., (1996). Pero la reedición de las obras de los publicistas del momento no ha hecho más que comenzar: *Hacia otra España* de Ramiro de Maeztu y *La moral de la derrota* de Luis Morote aparecen reeditados en Biblioteca Nueva.
6. *El País*, 4 de octubre de 1997, p. 15.
7. Luis E. Togores, "Cánovas : un político de ayer, un pensamiento para el mañana", en *Un hombre de Estado: Antonio Cánovas del Castillo*, Madrid, Fundación Cánovas del Castillo, 1996, págs. 18 y 32-33. En realidad, y desde un punto de vista histórico, la mayor parte de los avances políticos que el autor atribuye a Cánovas y los conservadores fueron aprobados bajo el Gobierno liberal de Sagasta.
8. No siendo este el lugar para extenderse al respecto nos remitimos a nuestro trabajo "La Historia en casa : nuevas tecnologías y archivos domésticos", en *Actas*

del Congreso Internacional sobre sistemas de información histórica, Vitoria, noviembre de 1997.

9. Stanley Payne, *Los militares y la política en la España contemporánea*, Madrid, Sarpe, 1985, pp. 62.
10. "En cuanto a los efectivos militares, en expediciones distintas a lo largo de toda la campaña, 180.431 soldados, 6.222 oficiales, 6.015 jefes y 20 generales. Sumándoles los 12.000 que guarnecían la isla al estallar la guerra, la cifra del ejército en Cuba se elevó a 200.000. Frente al enemigo cayeron un general, 60 oficiales y 1.314 soldados. Sucumbieron a consecuencia de sus heridas: un general, 81 oficiales y 704 soldados, sobrevivieron a sus heridas: 463 oficiales y 8.164 soldados, murieron de fiebre amarilla 313 oficiales y 13.000 soldados. De otras enfermedades, 127 oficiales y 40.000 soldados". Melchor Fernández Almagro: *Historia política de la España Contemporánea*, Vol. III, p. 104, Madrid, Alianza, 1978.
11. Citado por Melchor Fernández Almagro, op. cit., pág. 185.
12. *El Socialista*, 1 de enero de 1897, "Venga la Paz".
13. *El Socialista*, 19 de agosto de 1898, "La Semana Burguesa".
14. *El Socialista*, 15 de enero de 1897.
15. *El Socialista*, 24 de octubre de 1897, ¡Asesinos!
16. Esta España, que merecía la siguiente opinión a M. Picabea: "todos los males están reunidos en el sistema vigente desde 1874" era, para Gumersindo de Azcárate, un feudalismo de nuevo género y por virtud del cual se esconde, bajo el ropaje del Gobierno representativo, una oligarquía", citado por Manuel Tuñón de Lara, op. cit. p. 31.
17. Así lo demuestra el siguiente ejemplo: "1º Los agentes y delegados de la administración pública serán neutrales y se abstendrán de intervenir en la lucha electoral con el influjo legítimo que podrían ejercer en otros casos, siempre que ella se entable entre partidarios de la dinastía y del régimen monárquico constitucional. 2º Prestará V.S., por último, el apoyo eficaz e inmediato de su autoridad a todos los partidos monárquicos y dinásticos que lo reclamen". Miguel Artola: "El sistema político de la Restauración", en *La España de la Restauración: política, economía, legislación y cultura*, Madrid, S.XXI, 1985, p.13.
18. Miguel Artola, op. cit. pp. 14-15. Como escribía Jaime Vera en *El Socialista*, con ocasión del 1º de mayo de 1900: "Sentís que la vida pública nacional es la de un organismo incompleto ... ¿No véis que le falta el pueblo?. ¡Y le increpáis porque os vuelve la espalda, cuando su cordura está en alejarse de vosotros!". Citado por Manuel Tuñón de Lara, op.cit., p. 13.
19. Este espíritu queda reflejado en las siguientes citas: "Vengan a ver este cuadro, los que al mismo tiempo que el general Pando iba de tienda en tienda por las calles

de Ciego de Avila, mendigando comida para los soldados, vociferaban y querían levantar arcos de triunfo en La Coruña, Santander y Barcelona". *El Socialista*, 8 de enero de 1898, "*De la guerra de Cuba*". "El problema cubano no tendrá solución mientras no enviemos un ejército a los Estados Unidos". Citado por Manuel Tuñón de Lara, op.cit, p.30.

20.Manuel Tuñón de Lara, op. cit. pp. 36-37.

21.Citado por Manuel Tuñón de Lara, op. cit. p. 39.

22.Esta visión canovista de la política exterior, defensora de la pasividad frente a la acción, no es compartida por sus epígonos: "*En parte, la crisis colonial y metropolitana se produjo por la actitud de recogimiento excesivo impuesta por Cánovas a nivel internacional*", en Luis Togores, op.cit. p. 22. Esta crítica contemporánea obvia el debate de fondo, el que tiene que ver con la legitimidad de fenómenos tales como el colonialismo o el imperialismo.

23.José M^a Jover: 1898. *Teoría y práctica de la redistribución colonial*. Madrid, Fundación Universitaria, 1979.

24.Recientemente varios autores han expuesto sus tesis al respecto en el libro editado por Juan Pablo Fusi y Antonio Niño, *Vísperas del '98*, Madrid, 1997.

25.Una semblanza clásica de la cuestión, si bien la historiografía española de los últimos años ha reconstruido y matizado buena parte de los temas planteados por este autor norteamericano, puede encontrarse en la obra de Frederick B. Pike: *Hispanismo, 1898-1936. Spanish conservatives and liberals and their relations with Spanish América*, Notre-Dame (Indiana), Universidad de Notre Dame, 1971.